

Abraham? Fuera de los resortes externos que intentan forzosamente dar una coherencia a los diferentes mundos, queda un trasfondo pintoresco y patriótico al intentar ubicarlos en una Colombia esbozada con los lugares comunes que supuestamente nos identifican (aeropuertos clandestinos, carnavales, vendedores ambulantes, prostitutas...). Todo ello en medio de lamentaciones por el destino del país.

La obra del sueño no es el trabajo de un principiante, y eso es lo que más asombra. Es conocida la trayectoria literaria de Cruz Kronfly con varias novelas y libros de relatos publicados (*Cámara ardiente*, *Las alabanzas y los acechos*) ganadores de diferentes concursos. Además, en el libro se evidencia un conocimiento del oficio. Por ejemplo, las historias donde se urde una trama, donde pasan cosas, son logradas, si se toman por separado. Es evidente que lo hace mejor como cuentista: las partes aisladamente son superiores al todo, a un todo que no se afirma como fundamental. El cuentista no logró abrirle paso al novelista.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO



Amores y amores

El hombre que parecía un fantasma

Manuel Mejía Vallejo

Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 1984

Encuentro imposible hablar sobre este libro sin tener en cuenta *Barba Jacob, el mensajero*, de Fernando Vallejo, que leo y reseño al mismo tiempo.

Manuel Mejía, como Fernando Vallejo, ama a Barba. Pero hay amores y amores. El de Manuel Mejía, para quien Barba es, entre otras cosas, “una hermosa vergüenza personal”, es sentimental y por lo tanto

superficial. El de Fernando Vallejo es absorbente y apasionado, tanto que se le entrega en cuerpo y alma y logra darnos al hombre, que para Manuel Mejía es un fantasma.

El libro de Manuel Mejía consiste en la reproducción de siete entrevistas a cuatro escritores guatemaltecos publicadas en *El Espectador* entre el 52 y el 53. Es, pues, uno de esos volúmenes, tan populares entre nuestros escritores, que reúnen notas, artículos, reseñas, entrevistas o crónicas publicadas años antes y que tienen la ventaja de convertirse en libro como por arte de magia, sin ningún trabajo, salvo el de justificar la edición por medio de una introducción o un prólogo a manera de excusa o de profesión de fe.

Es lo que Manuel Mejía ha hecho y tiene derecho de utilizarlo como a bien tenga, pero si posee un grano de autocritica tendrá que pensar dos veces el hecho de publicar, sin ninguna modificación, lo que hizo a la ligera años atrás. Hay escritos que desgasta el paso del tiempo y no es mala idea que permanezcan enterrados bajo la masa de pulpa que llena la prensa diaria de todas las épocas. Y dar la idea de que esos apolillados textos tienen algo de vigencia es por lo menos descortés con el lector, sobre todo cuando, como en este caso, llevan un título que promete mucho más de lo que nos brinda el contenido.

¿Por qué? Porque, como sucede en este caso particular, los escritos sólo tienen interés por lo que nos revelan sobre el propio escritor y porque sólo contribuyen a oscurecer el tema supuestamente tratado. Si no tuviéramos *Barba Jacob, el mensajero*, muchos podrían pensar que Barba es, en efecto, un fantasma o más bien un mito surgido de una leyenda, fruto de fantasías, mentiras, chismes, prejuicios y decires sobre el que nada era averiguable. No quedaría más que recitar al poeta en reuniones étlicas y repetir una vez más las mismas anécdotas.

Manuel Mejía vivió cuatro años en Centroamérica, en una época en la que habría podido hablar con una infinidad de personajes que conocie-

ron a Barba y que en ese momento no estaban muertos o amnésicos, como los encontró Fernando Vallejo veinticinco años después. También pudo leer los escritos periodísticos de Barba o investigar su vida en los países donde ambos vivieron.

Pero Manuel Mejía se contentó con entrevistar a los más conocidos escritores que lo habían tratado y con registrar sus recuerdos sin averiguar nada por su lado, sin investigar, como sí lo hizo Fernando Vallejo, rompiendo con todas las tradiciones nacionales. Tal vez el momento no estaba maduro. No había la voluntad de seguir las confusas huellas de Barba.

Manuel Mejía tenía entonces —y, por lo visto, la conserva— una sempiterna costumbre colombiana consistente en hacer la vista gorda ante los hechos, para poder cubrirlos con una mermelada retórica. La historia no importa, sólo la idea que uno tenga de ella. Y más si se trata de un escritor que uno puede recitar a sus anchas en cafés y burdeles, lo mismo que en artículos y conferencias.

Así justifica Manuel Mejía sus escritos sobre Barba en esas cuatro o cinco cuartillas que bajo el título de introducción expresan su voluntad inquebrantable de seguir siendo ignorante, despreocupado y feliz: “¿Qué hago con Barba Jacob, sino saberlo? Sigue siendo un poeta para mi consumo personal, para la sonrisa de algunos que no podrían entenderlo, para el dolor prestado”. Barba es su propiedad y es suficiente que lo haya vivido. Continúa: “Conocedor del vagabundo de almas y geografías que fue este hombre, me resisto a reiterar su errancia y su extravío, su dolor gritón, su opaca ternura, su maravilla. Porque me sacudieron aquellos versos con latido cercano; porque sufrí su desgarramiento y su inocencia, su pecado y su expiación; porque perdí la razón de sus fracasos; porque sigue oscureciéndome la mirada cuando el corazón dicta sus canciones [...]. Estuvo a mi lado con las putas de Jardín y Jericó, la Zarca, Chelito, Leucemia, las que nos quisieron por compromiso. Cuando les entregaba a Barba, ellas me da-

ban su amor transitorio, las amanecidas, las preguntas para el día nuevo. Yo tenía diecitantos años, los del aprendizaje; veinticinco, los del encuentro y la fuga”.

Muy distinto fue el encuentro y muy diversa la fuga de Porfirio. De ahí que la grandeza de Barba esté también en ese influjo auténticamente popular que se respira de algún modo en las líneas de Manuel Mejía. Sólo que alguien como Fernando Vallejo tendría que hacerse cargo de llegar a sus raíces, aunque fuera en circunstancias mucho más adversas, aunque tuviera que enfrentarse a obstáculos aparentemente insalvables.

Entonces, se pregunta Manuel Mejía, ¿qué inventar sobre Barba-Jacob? “El me dañó la vida, él me compuso la vida, él me señaló el lugar de las estrellas [...] y con él quiero equivocarme, si no soy ya el equivocado. Cuando enciendo un cigarrillo, cuando lo apago, cuando echo al aire el humo, cuando miro cómo somos nada; cuando me hundo en mí mismo hurgando con preguntas a sabiendas de que las verdaderas preguntas carecen de respuesta, son simple aproximación al grito último, a los últimos silencios”. Tal vez es legítimo este deseo de perderse en la efusividad de un poeta para vivir en las nubes, pero no es la única actitud para tomar.

Fernando Vallejo rompió con todo esto y probó que si las verdaderas preguntas no tienen respuesta, por lo menos merecen el esfuerzo de la búsqueda. Hay que ver para creer. La fe ciega sólo lleva al fanatismo y al oscurantismo. El amor no redime todo, aunque así lo crea el amante: “Querer, pero querer a fondo, es una categoría. Y pueden ser estéticas nuestras equivocaciones, si equivocarse es jugárnosla toda cuando todo está perdido y sólo nos salvará la equivocación”. Dudosa tesis la de Manuel Mejía. No hay en su libro mayor intento de describir o de averiguar quiénes son de verdad sus entrevistados. Cuando lo hace, como en el caso de Rafael Arévalo Martínez, se contenta con unos juicios que sólo pueden confundir. Que el guate-

malteco fue el mejor amigo de Barba; que fue un renovador de la prosa latinoamericana a principios de siglo, nos dice. Ni una ni otra cosa. Ni fue un gran amigo del poeta ni su relato *El hombre que parecía un caballo* lo convierte en un gran personaje de la literatura, porque después de todo no es sino un reflejo barroco del trashumante vate colombiano que lo expulsó de su hotel, le negó su amistad y después lo detestó por haber publicado sin su consentimiento y sin el esmero infinito que deseaba para su imaginado libro, *Flores negras*, una antología en la que el autor nada tuvo que ver pero que muchos le atribuyen, agrandando esa nociva leyenda negra de poeta decadente y anticuado que le niega algo que él siempre defendió para sí: el derecho de zambullirse en la realidad, no como un lagarto adulador de tiranos, sino como un periodista de venenoso talento.

Esto dice Manuel Mejía de otro de sus entrevistados, Carlos Wyld Ospina: que fue a Quetzaltenango para entrevistar a “uno de los cinco mejores prosistas de la América Hispánica en concepto de Eduardo Mallea y enterarnos de la intensa vida que vivieron, en México y aquí, estos dos señores de las letras que se admiraban, respetaban y querían y que se conocieron íntimamente en los periódicos, en las noches de juerga incontrolada, en los oasis de paz y de silencio, luego de las orgías”. Hasta ahí llega su curiosidad: una cita de Mallea y una invención. Basta leer las páginas dedicadas por Fernando Vallejo a Arévalo Martínez o lo que cuenta sobre Wyld Ospina, para darse cuenta de lo diferente que es su búsqueda. Vallejo investiga, descubre.

Para Vallejo “Arévalo, el guatemalteco, el narrador, era tímido, miope, medroso, delicado; el colombiano era sarcástico, insólito, imprevisible, burlón”. Y lo sitúa literariamente: “el prodigio del hombre que parecía un caballo fue único y no se repitió más en vida de su autor”.

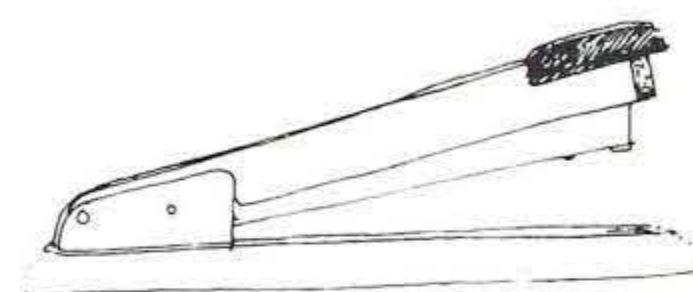
Son juicios basados en una multiplicidad de fuentes, testimonios, encuentros y viajes, como aquel en que

sitúa a Wyld Ospina: “Emprendió el viaje (expulsado de México por Huerta) acompañado por Carlos Wyld Ospina, un jovencito guatemalteco, con sangre colombiana, que había conocido en El Independiente, y que fue su más asiduo colaborador en Churubusco. Al pasar el Suchiate, la línea divisoria entre Guatemala y México, vio un zopilote parado sobre una islita en medio del río y profirió exultante: ‘He aquí un zopilote internacional’”.

Wyld fue en realidad un joven cachorro de periodista a quien el poeta le había enseñado el oficio en México y a quien después vemos organizando recitales de Barba, pero no participando en las orgías del Caballero de Aretal ni mucho menos disputando con Barba o Arévalo una notoriedad literaria que nunca tuvo. Fue apenas un tímido admirador que, como tantos otros, cayó bajo el influjo irresistible de Barba.

Lo que no se ve, pues, en las páginas de Manuel Mejía, está con lujo de detalles en el libro de Fernando Vallejo. El libro de Manuel Mejía, por lo tanto, sobra. Tal vez él pensó lo mismo y por eso le añadió treinta poemas de Barba para reforzar las pobres entrevistas que en mala hora decidió sacar de nuevo a la luz.

NICOLÁS SUESCÚN



Tratamiento desigual a un tema nuevo

La protesta urbana en Colombia en el siglo xx

Medófilo Medina

Ediciones Aurora. Bogotá, 1984, 208 págs.

En comparación con la relativa abundancia de estudios sobre el movimiento sindical en Colombia, o sobre el movimiento campesino, el tema de los movimientos urbanos contemporáneos no había recibido